

***La impartición divina de la Trinidad Divina
mediante la cual los creyentes
disfrutan a Cristo y crecen en la vida divina***

Lectura bíblica: Ef. 1:3-23; Col. 2:19; Ro. 10:12-13; He. 5:12-14; 2 Ti. 3:16-17; 2:2

Día 1

I. Necesitamos recibir la visión de la impartición divina de la Trinidad Divina hallada en Efesios 1, a fin de poder vivir y servir en la esfera de esta visión:

A. Efesios 1:3-22 revela que Dios nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo; en todo el universo la bendición única es el Dios Triuno, y Él nos bendice al impartir Su Ser Divino en nosotros, en Su Trinidad Divina: en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo (2 Co. 13:14; Nm. 6:22-27).

B. El Padre imparte en nuestro ser Su vida y naturaleza divinas:

1. La impartición que el Padre efectúa al escoger-nos y predestinarnos da como resultado Su filiación, pues mediante dicha impartición Él santifica a Su pueblo escogido al grado en que ellos llegan a ser tan santos como Él en Su vida y naturaleza, mas no en Su Deidad única (Ef. 1:3-6; cfr. He. 2:10-11).

2. La frase *para que fuésemos santos* indica que Dios nos impartió Su naturaleza santa, y la palabra *filiación* indica que Dios nos impartió Su vida divina (Ef. 1:4-5).

Día 2

C. El Hijo imparte en nuestro ser Su elemento divino:

1. La impartición que el Hijo efectúa al redimir y transformar a los creyentes da como resultado una valiosa herencia, una posesión personal, pues mediante dicha impartición el pueblo escogido de Dios es transformado con Cristo como el elemento de vida, al grado en que ellos llegan a ser un tesoro que Dios hereda como Su posesión personal (vs. 7-12).

2. Esto rescata el universo redimido de su estado de desmoronamiento y lo restaura a un buen orden, a fin de que todas las cosas (que se derrumbaron a causa de la muerte y la corrupción) sean reunidas bajo una cabeza en Cristo, por medio de la iglesia que ha sido edificada como el Cuerpo de Cristo.
3. La frase *en Cristo* significa que Cristo es la esfera, el ámbito y el elemento en el cual y con el cual fuimos redimidos; dentro del elemento se encuentra la esencia de Cristo (v. 10):
 - a. En nuestra unión orgánica con Cristo, en nuestra identificación con Él, el problema de todas nuestras debilidades, defectos y faltas es eliminado por Él, y todas Sus virtudes llegan a ser nuestras (Lv. 1:4; Ro. 6:3-4).
 - b. Esto requiere que ejercitemos nuestro espíritu por medio de la oración adecuada, de modo que seamos uno con Él y experimentemos la realidad de estar en Cristo en la experiencia (Ef. 1:17-18a; 3:16-19; 6:17-18).

Día 3

- D. El Espíritu imparte en nuestro ser Su esencia divina:
1. El Espíritu nos sella consigo mismo como la tinta de sellar, a fin de saturarnos en el sentido vertical mediante nuestra comunión con Dios y empaparnos en el sentido horizontal mediante nuestra comunión unos con otros (1:13; 1 Jn. 1:3).
 2. La impartición que el Espíritu efectúa al sellarnos y al darse en arras es la impartición divina de la vida divina en nuestro ser tripartito, y dicha impartición divina continuará hasta el día de la redención de nuestro cuerpo (Ef. 1:13-14; 4:30; Ro. 8:10, 6, 11, 23; Fil. 3:21).
 3. El Espíritu que sella, quien es el sello, imprime en nuestro ser todo lo relacionado con el Cristo todo-inclusivo, como también todo lo que Él consiguió y obtuvo (Ef. 1:13-14, 19-22a); el resultado de esto es que todos llegamos a ser una sola

entidad, la cual es la iglesia, el Cuerpo de Cristo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (vs. 22a-23).

- E. Mediante la impartición de la Trinidad Divina que se revela en Efesios 1, llegamos a poseer la naturaleza divina, la vida divina, el elemento divino y la esencia divina; ésta es la constitución intrínseca del Cuerpo de Cristo, y ésta es nuestra mayordomía, la mayordomía de la gracia de Dios que nos ha sido dada para con el Cuerpo (3:2).

Día 4

II. El crecimiento de los creyentes en la vida divina es el aumento del elemento de Dios en los creyentes (1 Co. 12:4-11; Col. 2:19b):

- A. El Señor, quien es la Cabeza, es el Espíritu que está con nuestro espíritu; cuando le disfrutamos a Él en el espíritu, nos asimos de la Cabeza, de quien recibimos Su rico suministro que hace que Dios crezca en nosotros (v. 19; Ro. 8:16; Ef. 4:16).
- B. Somos plantas en la labranza de Dios, y para crecer necesitamos a Cristo como la buena tierra; asimismo le necesitamos como la luz, el aire, el agua de vida y los nutrientes de vida (1 Co. 3:9; Col. 2:6-7; Jn. 8:12; 20:22; 7:37-39; 6:27, 33).

Día 5

III. La Biblia revela que crecemos en vida al comer, beber y disfrutar a Dios (Gn. 2:9; Éx. 12:21-28; 16:4, 14-15, 35; 17:6; Sal. 34:8; 68:19; Lc. 14:17; Jn. 4:14; 6:35, 51, 57; 7:37-39; Ap. 2:7, 17; 22:14, 17):

- A. Podemos comer, beber y disfrutar a Dios al amar Su inestimable presencia (1 Co. 2:9; 2 Co. 2:10; 4:5-7; Éx. 33:11, 14; Sal. 27:4):
 1. Aparte del amor, nada más nos permite mantener una relación apropiada con el Señor; amar al Señor, disfrutar al Señor y ser el testimonio del Señor son asuntos inseparables (Ap. 2:4-5, 7).
 2. Debemos amar a Cristo, guardar a Cristo, enseñar a Cristo y vestirnos de Cristo (Dt. 6:5-9; 10:12; 30:19-20; Mt. 22:37; 1 Co. 2:9; 2 Co. 11:2-3; Ro. 13:14).
- B. Podemos comer, beber y disfrutar a Dios, invocando Su precioso nombre:

1. En Romanos 10 Pablo habla de invocar el nombre del Señor y atribuye a Cristo las palabras dichas por Moisés en Deuteronomio 30:11-14, lo cual indica que el mandamiento, que es la palabra de Dios, es Cristo como la Palabra, quien, como el aliento que sale de la boca de Dios, está en nuestro corazón y en nuestra boca (Ro. 10:6-8; cfr. Dt. 30:11-20).
2. El propio Cristo encarnado, crucificado y resucitado, quien llegó a ser el Espíritu vivificante como el aliento exhalado por el Dios que habla, es la Palabra de Dios; como tal, Él es la palabra de la ley que Moisés habló por segunda vez en Deuteronomio; por lo tanto, cada palabra de este libro es el propio Cristo, quien ahora es la palabra de Dios que recibimos como nuestra vida y suministro de vida al invocarlo a Él (Ro. 10:12-13; Dt. 8:3; Sal. 119:9; Dt. 30:11-14).

Día 6

- C. Podemos comer, beber y disfrutar a Dios al amar Su palabra pura (Sal. 119:140; He. 5:12-14):
1. Las palabras de la Biblia son el aliento de Dios, y todas ellas nos hablan de Cristo, quien es la palabra de Dios en su totalidad, a fin de ser la vida y el suministro de vida del pueblo de Dios (2 Ti. 3:16; Jn. 1:1; Ap. 19:13).
 2. Vivir por cada palabra que sale de la boca de Dios es vivir en virtud de Cristo, quien es la corporificación del aliento divino (Mt. 4:4; Jn. 6:57, 63).
 3. Cuando inhalamos la palabra de las Escrituras, recibimos al Espíritu y disfrutamos las riquezas de Cristo, y de ese modo somos capacitados para cumplir sus requisitos (Ef. 6:17-18a; Gá. 3:5; Mt. 4:4; Dt. 8:3).
 4. Cada vez que leamos la palabra de la Biblia debemos inhalar a Dios, y cada vez que la enseñemos debemos exhalar a Dios en otros (Ez. 37:4-5, 7-10).
 5. A fin de comer a Dios, beberle y disfrutarle, debemos disfrutar las palabras vivas de Dios, las

- palabras que son espíritu y vida, o sea, las palabras de Dios que imparten al Espíritu incommensurable de Dios (Jn. 6:63; 3:34).
6. Cristo es nuestro maná diario, nuestro alimento espiritual; el tiempo más importante para recibir a Cristo como nuestro alimento espiritual en la Palabra es el tiempo de avivamiento matutino (Sal. 119:147-148; 143:8; Lm. 3:22-26).
 7. Asimismo, cuando oramos-leemos la palabra de Dios, somos iluminados y redargüidos como resultado de la función aniquiladora del Espíritu, la cual está presente en la palabra del Señor (Ef. 5:13-14; 6:17-18).
 8. Es preciso que todos seamos canales vivientes de Dios —hombres de Dios que tienen el aliento de Dios— mediante los cuales las palabras de Dios son impartidas en otros, de modo que sean enseñados, reargüidos, corregidos e instruidos en justicia, y así equipar y adiestrar a hombres fieles a fin de que sean uno con el Señor para llevar a cabo Su economía (2 Ti. 3:16-17; 2:2).

Alimento matutino

**Ef. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-
1:3-5 cristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual
en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió
en Él antes de la fundación del mundo, para que fué-
semos santos y sin mancha delante de Él en amor, pre-
destinándonos para filiación por medio de Jesucristo
para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad.**

Efesios 1 muestra que Dios ha bendecido a los creyentes mediante una impartición triple: primero por el Padre, en segundo lugar, por el Hijo y en tercer lugar, por el Espíritu. Finalmente, este impartir será llevado a cabo por la transmisión del Cristo que lo trasciende todo. La impartición del Padre al escoger y predestinar a los creyentes produce a Sus muchos hijos que forman la casa de Dios en santificación [vs. 3-6]. La impartición del Hijo al redimir y salvar a los creyentes hace de ellos la herencia de Dios, el tesoro de Dios, Su posesión particular [vs. 7-12] ... Luego la impartición del Espíritu al sellar a los creyentes y al darles las arras hace que Dios sea la herencia de los creyentes para su perfección [vs.13-14]. El resultado de la impartición triuna de Dios son los muchos hijos, la posesión de Dios y nuestra herencia. Pero la iglesia no existe sino hasta que el Cristo que lo trasciende todo entra para transmitir la totalidad de la impartición de Dios. Los muchos hijos, la herencia de Dios, nuestra herencia y la transmisión del Cristo que lo trasciende todo culminan en la iglesia, el Cuerpo de Cristo [vs. 22-23]. (*El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la transmisión del Cristo que lo trasciende todo*, pág. 12)

Lectura para hoy

Si Dios no impartiera Su elemento divino dentro de nuestro ser, ¿cómo nos podría hacer santos? Especialmente para recibir la filiación de Dios, necesitamos que Dios imparta Su vida y naturaleza en nuestro ser.

La impartición del Padre, quien escogió y predestinó a los creyentes, da por resultado Su filiación al santificar a Su pueblo escogido, santificándoles como Él es santo en Su vida y en Su naturaleza, haciéndoles como Dios en la vida y naturaleza divinas, pero sin Su Deidad única. Ésta es la santificación divina para

(hasta) la filiación divina. Éste es el centro de la economía divina y el pensamiento central de la revelación del Nuevo Testamento. Esta santificación divina se lleva a cabo por el Espíritu que santifica (Ro. 15:16). La filiación divina se lleva a cabo por el Espíritu que regenera, el cual es el Espíritu del Hijo de Dios (Gá. 4:6). (*El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la transmisión del Cristo que lo trasciende todo*, págs. 18-19)

Efesios 1:4 dice que Dios nos escogió en Cristo “antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos”. La frase *para que fuésemos santos* denota que Dios tiene que poner Su naturaleza en nosotros ... Dios sembró Su naturaleza santa en nuestro ser.

En todo el universo, sólo Dios es santo. La santidad es Dios mismo ... La única manera [en que podemos ser santos] es que Dios se siembre a Sí mismo en nosotros como una pequeña semilla ... Esta semilla divina gradualmente crece en nuestro interior hasta que santifica todo nuestro ser.

Dios nos escogió para que fuésemos santos, y el versículo 5 afirma que al escogernos, Él nos predestinó para filiación ... [Dios] puso una marca sobre nosotros indicando que le pertenecemos ... porque Dios no sólo quería hacernos santos como Él, sino también quería hacernos Sus hijos ... Dios no nos adoptó para que fuésemos Sus hijos, sino que nos engendró, ... al sembrar en nuestro ser Su semilla, Su vida divina ... con Su naturaleza ... Al entrar en nosotros dicha vida divina, nos engendra, haciéndonos hijos de Dios. No somos adoptados por Dios, sino engendrados por Él. Somos hijos de Dios porque Él nos engendró.

Ahora, ¿qué tenemos en nosotros? Tenemos la naturaleza de Dios que nos hace santos y la vida de Dios que nos hace Sus hijos ... Los versículos 4 y 5 muestran que tanto la naturaleza santa de Dios como Su vida fueron impartidas en nosotros. Ciertamente somos seres humanos, pero tenemos la naturaleza y la vida divinas. Así que, debemos declarar: “¡Aleluya! Tengo la naturaleza santa de Dios; por consiguiente, soy santo. Tengo la vida divina, por eso, soy divino. ¡Soy un hijo divino de Dios que posee Su vida y Su naturaleza divinas!”. (*La visión intrínseca del Cuerpo de Cristo*, págs. 28-30)

Lectura adicional: El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la transmisión del Cristo que lo trasciende todo, caps. 1, 7

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Ef. En quien tenemos redención por Su sangre, ... según 1:7-11 las riquezas de Su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de Su voluntad, según Su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo, para la economía de la plenitud de los tiempos, de hacer que en Cristo sean reunidas bajo una cabeza todas las cosas, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En Él asimismo fuimos designados como herencia...

La impartición del Hijo al redimir y transformar a los creyentes da por resultado una herencia de valor, una posesión personal, al transformar el pueblo escogido de Dios, con Cristo como elemento de vida, para que sea un tesoro como la herencia de Dios, Su posesión personal. Esto radica en sacar el universo redimido de la ruina en un buen orden, en reunir todas las cosas (precipitadas en muerte y corrupción) bajo una cabeza en Cristo por medio de la edificación de la iglesia como el Cuerpo de Cristo. Esto también es llevado a cabo por el Señor como el Espíritu que transforma (2 Co. 3:17-18), para hacer del pueblo escogido de Dios una nueva creación por la renovación del Espíritu que transforma. (*El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la transmisión del Cristo que lo trasciende todo*, pág. 37)

Lectura para hoy

Luego, Dios el Hijo vino a efectuar la redención. Cuando Cristo nos redimió, nos sacó de Adán, del mundo, del pecado y de la muerte y nos puso en Sí mismo. ¿Dónde estamos ahora? En Cristo. *En Cristo* es una frase corta, pero su significado es muy extenso. Henry Alford, en sus notas acerca del Nuevo Testamento, dijo que la frase *en Cristo* significa que Cristo es la esfera y el elemento en el cual y con el cual fuimos redimidos. Al ser redimidos, entramos en Cristo como la esfera en la cual permanecemos y como el elemento con el cual somos hechos valiosos. Efesios 1:7-12 dice que nosotros los pecadores, después de ser redimidos en Cristo, fuimos hechos la herencia de Dios, Su tesoro. ¿Cómo podemos nosotros, los pecadores, ser hechos el tesoro de Dios, la herencia de Dios? Esto se debe a

que, aunque somos pecadores, estamos en Cristo y le tomamos como nuestro elemento precioso. Antes de recibir a Cristo no valíamos nada. Por eso, David dijo que él era un gusano (Sal. 22:6), y nosotros también lo éramos antes de ser salvos; no obstante, Cristo nos redimió con Su sangre, rescatándonos de lo que éramos y poniéndonos en Sí mismo. Ahora Él no sólo es nuestra esfera, sino también nuestro elemento, mediante el cual hace que seamos valiosos. Hemos sido redimidos, y ahora tenemos en nosotros al Cristo que es precioso. Cristo no es sólo la esfera donde debemos permanecer, andar y llevar la vida cristiana, sino también el elemento precioso con el cual somos hechos un tesoro valioso para Dios. Así que nosotros los pecadores hemos llegado a ser la herencia de Dios. Ahora podemos declarar que no sólo tenemos la naturaleza de Dios y Su vida, sino también Su elemento.

Siempre que se fabrica algo hay que usar ciertos elementos. De igual manera, Cristo ha hecho de nosotros algo precioso usando Su misma persona como elemento. Dicho elemento es orgánico. Todo lo que experimentamos del Dios Triuno, es orgánico. Él se ha sembrado a Sí mismo en nosotros, y Su elemento está creciendo en nuestro ser. El oro es un elemento inorgánico, pero el oro que está en la Nueva Jerusalén es orgánico. Dicho oro representa la naturaleza divina de Dios; el oro de la Nueva Jerusalén es orgánico y viviente. (*La visión intrínseca del Cuerpo de Cristo*, págs. 30-31)

Al poner nuestras manos sobre Cristo, nuestra ofrenda, nos unimos a Él, y Él y nosotros llegamos a ser una sola entidad. En esta unión, el problema de todas nuestras debilidades, defectos y faltas es eliminado por Él, y todas Sus virtudes llegan a ser nuestras. Esto requiere que ejercitemos nuestro espíritu por medio de suficiente oración, de modo que seamos uno con Él en la experiencia (cfr. 1 Co. 6:17 y notas). Cuando ponemos nuestras manos sobre Cristo en oración, el Espíritu vivificante, quien es el propio Cristo sobre quien ponemos nuestras manos (1 Co. 15:45; 2 Co. 3:6, 17), inmediatamente se moverá y operará en nuestro interior para vivir en nosotros una vida que es una réplica de la vida que Cristo llevó en la tierra, la vida propia del holocausto. (*Holy Bible, Recovery Version*, Levítico 1:4, nota 1)

Lectura adicional: El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la transmisión del Cristo que lo trasciende todo, caps. 2, 4; *La visión intrínseca del Cuerpo de Cristo*, cap. 2

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Ef. En Él también vosotros, habiendo oído la palabra de 1:13-14 la verdad, el evangelio de vuestra salvación, y en Él habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia, hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de Su gloria.

El Padre es la fuente, el Hijo es la expresión y el Espíritu es el fluir que llega a nosotros. En la eternidad el Padre, quien es la fuente, nos escogió y nos predestinó conforme a Su plan [Ef. 1:3-6]. En el tiempo el Hijo, quien es la expresión, efectuó la redención conforme al plan del Padre [vs. 7-12]. Y el Espíritu, quien es el fluir que llega a nosotros, es el sello y las arras que nos aplica lo que el Hijo efectuó conforme al plan del Padre [vs.13-23].

Hemos escuchado la palabra de la verdad, que es el evangelio de nuestra salvación, hemos creído en Cristo y hemos sido sellados en Él por el Espíritu de la promesa (v. 13) ... Dicho sello jamás desaparecerá ni se perderá. Pero el Espíritu que nos sella, quien también nos unge, no opera de una vez por todas, sino que ... continuamente. Dicho sello entró en nosotros cuando creímos, pero nos ha estado sellando continuamente desde aquel momento hasta el presente, y continuará haciéndolo hasta el día de la redención de nuestro cuerpo (v. 14). El Espíritu Santo es el sello, y Él también nos sella. Él está en nosotros sellándonos continuamente.

Este sello se extenderá desde nuestro espíritu hasta nuestra mente, parte emotiva y voluntad. Debemos reconocer que nuestra alma no ha sido completamente saturada; y aun si estuviera saturada, nuestro cuerpo aún no ha sido sellado. Requerimos ser sellados continuamente, hasta que todo nuestro ser sea saturado ... Actualmente, el Espíritu que sella sigue sellándonos al impartir en nosotros al Cristo todo-inclusivo junto con todo lo que Él ha logrado y obtenido (vs. 19-22). El resultado es que todos llegamos a ser uno. Ésta es la iglesia, el Cuerpo de Cristo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (vs. 22b-23). (*La economía e impartición de Dios*, págs. 29-30)

Lectura para hoy

El sellar del Espíritu Santo es la impartición divina. El sellar del Espíritu Santo nos satura, y ... dondequiera que haya

saturación, allí habrá impartición. El postrer Adán, quien fue hecho el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45), es tal Espíritu. Hoy en día este Espíritu todo-inclusivo y vivificante ha efectuado la redención y ha lavado nuestros pecados, y ahora Él vive en nosotros y nos sella continuamente. Al sellarnos, Él imparte la vida divina en nosotros. Primero, Él llega a ser vida en nuestro espíritu por medio de la regeneración (Ro. 8:10). Luego, a partir de nuestro espíritu, dicha vida satura nuestra mente —la cual forma parte de nuestra alma— a fin de que nuestra alma sea transformada y tenga vida (v. 6). Finalmente, dicha vida satura nuestro cuerpo y llega a ser vida en éste (v. 11). El resultado final es que nuestro cuerpo será transfigurado; esto es la redención de nuestro cuerpo (v. 23). (*La economía e impartición de Dios*, pág. 30)

Tenemos la naturaleza divina, la vida divina, el elemento divino y la esencia divina. Queridos santos, ¡somos muy divinos! ... Al escogernos, Dios impartió Su naturaleza en nosotros, y al marcarnos como Sus hijos, nos impartió Su vida. Además, cuando Cristo nos redimió, nos introdujo en Sí mismo como el elemento con el cual nos hizo un tesoro para Dios, Su herencia. Además, debido a que fuimos hechos Su posesión, Su especial tesoro, Su Espíritu entró en nuestro ser para sellarnos, para poner una marca sobre nosotros. Esta marca también es orgánica.

El sello del Espíritu no nos sella una sola vez para siempre, sino que lo hace constantemente, y la tinta divina de este sello nunca se seca, sino que siempre permanece fresca. Primero, dicha tinta divina nos satura profundamente, esto es, somos saturados verticalmente; y luego, se extiende en nuestro interior y somos empapados horizontalmente. De esta manera, todo nuestro ser será empapado del Espíritu que es la tinta que sella, y esta tinta que sella es la esencia. Ahora tenemos la naturaleza y vida del Padre, el elemento del Hijo y la esencia del Espíritu: todo esto es divino.

La iglesia, el Cuerpo de Cristo ... es una entidad constituida de la naturaleza, vida, elemento y esencia de Dios. (*La visión intrínseca del Cuerpo de Cristo*, págs. 31-32)

Lectura adicional: La visión intrínseca del Cuerpo de Cristo, cap. 2;
El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la transmisión del Cristo que lo trasciende todo, cap. 3

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Col. ...Asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el 2:19 Cuerpo ... crece con el crecimiento de Dios.

Ef. ...La Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo, bien 4:15-16 unido y entrelazado por todas las coyunturas del rico suministro ... causa el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor.

1 Co. Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y 3:9 vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios.

En 1 Corintios 12:4-11 vemos que todos los dones que se hallan en el Cuerpo de Cristo son producidos por la operación del Espíritu en los creyentes, y son repartidos a cada uno de ellos según Su voluntad. Estos dones, y especialmente los dones que edifican la iglesia, requieren del crecimiento en vida e incluso de la madurez en vida. El crecimiento en vida de los creyentes está ligado al aumento del elemento de Dios en ellos (Col. 2:19b). Dios es perfecto; en Sí mismo, Él es eternamente perfecto. Pero por parte nuestra, hemos recibido solamente una pequeña cantidad de Dios. Por esta razón, necesitamos crecer, y para ello es necesario que el elemento de Dios aumente en nosotros. Esto no es cuestión de que Dios sea completo o incompleto, sino que tiene que ver con la cantidad de Dios que nosotros hemos obtenido. Muchos cristianos no han crecido porque no le han cedido más espacio a Dios. No están asidos de Cristo, la Cabeza; por tanto, Dios no tiene la manera de impartirse más en ellos. (*La economía e impartición de Dios*, págs. 30-31)

Lectura para hoy

En cuanto a Su posición, Cristo es la Cabeza, pero en cuanto a nuestra experiencia, Él es el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). El Señor es el Espíritu (2 Co. 3:17), y ahora Él está con nuestro espíritu (2 Ti. 4:22). Cuando le disfrutamos en nuestro espíritu, nos asimos de la Cabeza; de esta manera, algo procederá de la Cabeza, lo cual resultará en que Dios crezca en nosotros. De este modo, más del elemento de Dios será impartido en nosotros. Entonces, por medio de las coyunturas todo el Cuerpo recibirá el rico suministro, que es la rica impartición de la vida de Cristo como Espíritu (Col. 2:19a; Ef. 4:16a). Cuanto más recibimos el

suministro de vida, más aumentará en nosotros la impartición divina. Sin la impartición divina, no habrá suministro de vida. La manera de obtener dicho suministro e impartición consiste en comer, beber y disfrutar a Cristo (Jn. 6:57b; 1 Co. 10:3-4).

Toda criatura viviente necesita crecer y madurar. Un objeto inorgánico, por no tener vida, no necesita crecer. La vida humana es la vida más elevada en la creación de Dios. Hoy, además de nuestra vida humana, tenemos a Dios en nosotros como vida. Y la vida divina debe crecer en nosotros mucho más. Dicho crecimiento en vida depende de que aumente en nosotros el suministro de vida. Es necesario que recibamos el suministro que está en la leche de la palabra; además, necesitamos ser nutridos por la comida sólida. Hay muchos cristianos que no crecen, pues son como una persona que tiene úlcera: aunque comen mucho, no asimilan lo que comen. Al escuchar un mensaje, quizás critiquen al orador. Por supuesto, estas personas no pueden recibir el suministro de vida y tampoco pueden crecer en vida.

El crecimiento en vida requiere de ciertas condiciones. Para que una planta crezca, primero necesita recibir la luz del sol; segundo, necesita aire; y tercero, necesita agua. Además de estas condiciones, es necesario que haya tierra y nutrientes. Las plantas crecen bien si tienen estos cinco elementos. En la Biblia leemos que Cristo es la verdadera tierra, la buena tierra (Col. 2:6-7). Él también es la luz, el aire y el agua (Jn. 8:12; 20:22; 7:37-39). Además, Cristo es la comida (Jn. 6:27, 33); esta comida es nuestro nutriente.

Cristo es todos los elementos que necesitamos para crecer ... El momento más apropiado para ingerir a Cristo como comida, es durante el avivamiento matutino (Sal. 119:147-148; 143:8; Lm. 3:22-26). Necesitamos dedicar de veinte a treinta minutos cada día para orar-leer de tres a cinco versículos. Al orar-leer de esta manera, comemos, bebemos y disfrutamos a Dios mismo. La palabra es la corporificación del Dios Triuno. Al comer, beber y disfrutar la palabra de Dios, en realidad comemos, bebemos, disfrutamos y asimilamos a Dios mismo. De esta manera, recibimos el rico suministro de Dios y Su abundante impartición. (*La economía e impartición de Dios*, págs. 31, 33-35)

Lectura adicional: La economía e impartición de Dios, cap. 3

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Jn. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, 6:35 nunca tendrá hambre; y el que en Mí cree, no tendrá sed jamás.

Ro. ...“Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón”. Ésta es la palabra de la fe que proclamamos. 10:8

13 Porque: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”.

Toda la Biblia habla acerca de que el hombre coma, beba y disfrute a Dios. Después que Dios creó al hombre, no le dio muchos mandamientos ni reglamentos para que éste los guardara; por el contrario, Dios puso al hombre delante del árbol de la vida (Gn. 2:9) a fin de que éste pudiera disfrutar del fruto de dicho árbol. El árbol de la vida es un tipo que representa a Dios mismo. Después que Dios creó al hombre, lo primero que le mostró fue que éste debía comer, beber y disfrutar a Dios.

En Éxodo vemos que los israelitas comieron el cordero pascual, el cual tipifica a Cristo (Éx. 12:21-28), y al hacerlo recibieron las fuerzas para salir de Egipto. Pero cuando anduvieron por el desierto ... Dios les mandó el maná del cielo como su suministro diario (16:4, 14-15, 35). Y cuando ellos estaban sedientos, Dios les dio a beber el agua viva de la roca hendida (17:6). En el Nuevo Testamento, el Señor Jesús vino y también habló acerca de comer y beber. El Señor Jesús dijo que Él es el pan de vida, y que todo aquel que lo comiera, viviría por causa de Él (Jn. 6:35, 51, 57b). También dijo que Él es la fuente de agua viva, y que aquellos que bebieran de esa agua no tendrían sed jamás (4:14). Posteriormente, en Apocalipsis, Él dijo que los vencedores comerían del árbol de la vida en el paraíso de Dios (Ap. 2:7) y también comerían del maná escondido (v. 17). Al final de la Biblia vemos que el Espíritu y la novia aún llaman a los pecadores sedientos a que beban del agua de la vida y sean satisfechos con ella (22:17). (*La economía e impartición de Dios*, págs. 31-32)

Lectura para hoy

Ante Dios, el problema del hombre no es su comportamiento,

sino lo que come. Si el hombre no come, ni bebe ni disfruta a Dios, ciertamente comerá y beberá de otras cosas que no son Dios. Cuando el hombre come, bebe y disfruta a Dios, Dios se imparte en él como su elemento constitutivo. Dios no está a la expectativa de que el hombre haga obras, sino que sólo desea ser la comida del hombre al impartirse en él. Por esta razón, debemos comer, beber y disfrutar a Dios, y debemos absorberle en nosotros a fin de que Él llegue a ser nuestra vida y nuestro todo.

En Lucas 14 el Señor contó una parábola en la cual comparó a Dios con un hombre que preparó una gran cena. Cuando llegó el momento propicio, el hombre envió a sus esclavos a que dijeran a los invitados: “Venid, que ya todo está preparado” (v. 17). Dios se ha procesado para ser nuestro todo. Actualmente, lo único que necesitamos hacer es venir a la cena para comer, beber y disfrutar todo lo que Él nos ha preparado. Sabemos que unas horas después de que hayamos comido, digeriremos y asimilaremos la comida, y ésta nos nutrirá. Esos nutrientes llegarán a formar parte de nuestra sangre y células; y también llegarán a ser los elementos que nos constituyen. Por eso, los especialistas en nutrición afirman que somos lo que comemos. Los que comen al Señor lo digerirán, y Él se mezclará con ellos para ser el elemento constitutivo, suministro y nutrientes de ellos, y así ellos podrán vivir por el Señor. (*La economía e impartición de Dios*, pág. 32)

En Romanos 10:6-8 Pablo atribuye a Cristo las palabras dichas por Moisés en Deuteronomio 30:11-14, lo cual indica que el mandamiento, que es la palabra de Dios (vs. 11, 14), es Cristo como el Verbo (Jn. 1:1; Ap. 19:13), quien, como el aliento que sale de la boca de Dios (cfr. Dt. 8:3; 2 Ti. 3:16a), está en nuestro corazón y en nuestra boca (véase la nota 1 de Ro. 10:8). Como la palabra de Dios, el propio Cristo encarnado, crucificado y resucitado, quien llegó a ser el Espíritu vivificante como el aliento exhalado por el Dios que habla (1 Co. 15:45; Jn. 20:22) ... es ahora la palabra de Dios que recibimos como nuestra vida y suministro de vida al invocarlo a Él (Ro. 10:12-13). (*Holy Bible, Recovery Version*, Deuteronomio 30:12, nota 1)

Lectura adicional: La economía e impartición de Dios, cap. 3

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

2 Ti. Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios, y útil 3:16-17 para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea cabal, enteramente equipado para toda buena obra.

Ef. Y recibid el yelmo de la salvación, y la espada del 6:17-18 Espíritu, el cual es la palabra de Dios; con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos.

Por naturaleza, las Escrituras, la Palabra santa, es el aliento de Dios [2 Ti. 3:16] ... Juan 6:63 ... declara: “El Espíritu es el que da vida ... las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida”. Esto indica que las palabras del Señor son la corporificación misma del Espíritu de vida. Cuando recibimos Sus palabras mediante el ejercicio de nuestro espíritu, recibimos el Espíritu mismo, que nos da vida.

Siempre que leamos la Biblia debemos recibir vida, y cuando enseñemos la Biblia a otros, ellos también deben recibir vida. Si al leer la Palabra no recibimos vida, seguramente hay algo errado en nuestra manera de leerla. Al leer la Palabra, puede que no empleemos nuestro espíritu; y al enseñar la Biblia a otros, puede que tampoco empleemos nuestro espíritu. No emplear nuestro espíritu significa que habrá ausencia de vida. Así pues, tal vez leamos algún pasaje bíblico, unos cuantos versículos o incluso varios capítulos, sin recibir con ello ningún suministro de vida. Esto se debe a nuestra carencia de espíritu al leer las Escrituras. Si no percibimos la presencia del Espíritu mientras leemos la Biblia, ello debe advertirnos de que algo está mal y que debemos corregirlo. (*Adiestramiento para maestros*, págs. 19-20)

Lectura para hoy

Sabemos por experiencia que para disfrutar de la presencia abundante del espíritu en nuestra lectura y enseñanza de la Biblia, requerimos de mucha oración. Así que, necesitamos ser personas de oración; es decir, personas que constantemente respiren al Señor, que siempre inhalen a Dios. Cuando leemos la Biblia inhalamos al Señor, y cuando enseñamos acerca de ella, lo exhalamos.

La Biblia es el aliento de Dios; este aliento es el Espíritu; y el

Espíritu da vida. Cuando usted respira el Espíritu, recibe no sólo la revelación, la reprensión, la corrección y la instrucción, sino que además recibe vida. Cuando tocamos el Espíritu al leer la Biblia, recibimos vida. Del mismo modo, al enseñar ... requerimos tocar el Espíritu. Debemos tener la sensación de que estamos tocando no sólo el Espíritu de Dios, sino también el espíritu de nuestros estudiantes. Debemos percibir que estamos exhalando a Dios y que a la vez nuestros alumnos lo están inhalando, lo cual establece una comunicación mutua en la que nosotros exhalamos y ellos inhalan. Esto comprueba que la manera en que estamos enseñando es la correcta, puesto que mediante este ejercicio ministramos vida a los jóvenes.

En Efesios 6:17 ... Pablo nos exhorta a recibir “la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios” ... Según la palabra de Pablo al final de Efesios, que es un libro relacionado con la iglesia, debemos tomar la palabra de Dios de una manera orgánica, es decir, tomarla como Espíritu. De esta manera el Espíritu llega a ser la espada capaz de matar. Esta espada primero nos mata directamente, y luego mata indirectamente a las potestades de las tinieblas que están en el aire. Podemos comparar esta manera de matar con el efecto de un antibiótico, el cual actúa sobre los microbios que originan las enfermedades en nuestro cuerpo. Si queremos que nuestro cuerpo se recupere, los microbios tienen que ser neutralizados por dicho antibiótico. La palabra que recibimos como Espíritu de una manera viva, es el antibiótico espiritual que elimina “los microbios” que nos atacan. Cuando estos microbios son exterminados, las huestes malignas que están en el aire no tienen manera de operar en nosotros. Entonces podemos disfrutar de una vida del Cuerpo y una vida de iglesia saludables.

Ésta es la manera en que he sido preservado en la vida de iglesia y en el ministerio durante tantos años. Si no fuera por la obra aniquiladora de la palabra que opera como el Espíritu, mi ministerio habría sido anulado hace mucho tiempo ... Necesitamos recibir la palabra de Dios de una manera viva, si queremos experimentar al Espíritu como la espada aniquiladora. Cuando la palabra llega a ser el Espíritu, el Espíritu se convierte en la espada ... ¡Recibamos la palabra de Dios de una manera viva! A medida que la palabra llegue a ser el Espíritu en nuestra experiencia, esta palabra no sólo nos sanará, sino que también acabará con el enemigo. (*Adiestramiento para maestros*, págs. 20, 22, 26-27)

Lectura adicional: Adiestramiento para maestros, cap. 2

Iluminación e inspiración: _____

